

miento profundo, que es el de mi raza. Me refiero a la titulada *La catedral sin torre*. Esa catedral que no llegó a tener remate, se alza, dice Henríquez, en la isla llamada por Colón *Hispaniola*. Allí, los españoles descubridores alzaron un templo, y sin torre lo dejaron,

dejando también trunca, en la joven América, su labor imperfecta de civilización.

No puedo menos de objetar dos cosas: que ya a América nadie la llama joven, y que no quedó trunca nuestra labor en ella. América no es joven, porque, según los sabios, acaso sea más antigua que el Viejo Continente. El nuevo fué nuevo para nosotros, cuando lo descubrimos; pero parece que el hombre rojo americano era anterior, o por lo menos coetáneo, del otro hombre blanco o amarillo que aparece en el período cuaternario, sin que falte quien crea que el más viejo de todos los hombres fué el negro africano — todo lo cual es, naturalmente, muy opinable y discutible —. En resumen, América era vieja ya, en sus razas autóctonas, al tiempo que nuestras carabelas pusieron la proa hacia «las playas antipodas distantes». Y estas razas americanas tenían su peculiar civilización, la que eran capaces de tener; pero, justamente porque siendo tan antiguas como Grecia, Roma y la India, no pasaron de lo que encontramos al descubrir, pudiera suponerse que, a no abordar nuestros descubridores a las playas americanas, aun hoy en día se ofrendasen corazones sangrientos a Huitziloputzli, el gran Dios feroz...

Nosotros fuimos los civilizadores, al estilo europeo más adelantado que entonces se conocía, de ese país y de muchos más. La raza que allí existe de nosotros procede casi toda. El habla es la nuestra. Nuestra la religión. La catedral tiene torre. Y esa torre es de arquitectura hispánica.

Perdone el poeta que yo lo afirmo. No le puedo obligar a que lo confiese. Cuento sin embargo con la voz de su conciencia. Y, como dijo otro poeta, que era un clasicón: «gracias a quien nos trajo las gallinas.»

¿No es verdad que la muerte del heredero de Turquía es un drama sombrío que recuerda todo lo que hemos solido leer acerca de serrillos, conjuras de gocerizos, conspiraciones alentadas por potencias extranjeras, oscuros casos cuya clave sólo tiene algún iniciado, que, para mayor seguridad del secreto es enviado a dormir sueño sin despertar, cosido en un saco, bajo las azules aguas del Bósforo?

Lo mismo que si Turquía fuese un país de los más «*dermier crisi*» se ha explicado el suicidio del príncipe apelando a la resobada, pseudo científica y socorrida neurastenia. La neurastenia tiene unas espaldas como una carretera, y puede con todo. Si se juntasen las fechorías achacadas a la neurastenia, no cabrían en aquella llanura en que un buen clérigo de aldea de mi país, rectificando al Dante, situaba el Purgatorio, afirmando que medía «kilómetros y kilómetros, y aun así se quedaban fuera muchas almas».

Lo que dicen los mejor informados o que se la dan de tales, es que el príncipe estorbaba... Jusuff Eddin estorbaba a los Jóvenes Turcos... Era amigo de Francia, y por lo tanto, enemigo de los Imperios centrales. Y, por este modo de ser, estaba el príncipe vigilado y rodeado de una cohorte de espías. Por otro lado, la hipótesis del asesinato cede ante la del suicidio, cuando se recuerda que el padre del que acaba de morir, también puso fin a sus días, cuatro después de haber perdido el trono.

Y el triste evento hace que el aspecto político de la cuestión sea más dramático... En Constantinopla, han ido siempre del brazo el poder omnímodo, la sombra de Alá representada por los Sultanes, y la sangre que, al correr, demuestra la igualdad humana ante la muerte...

Cuando leo que el papel se pone por las nubes, y que va a ser difícil la tarea de impresores y editores, me quedo indecisa entre llorar o reír. Mil veces se me ocurre que el papel había llegado a ser primera materia de un vicio mundial: el de escribir y publicar, que nos tiene fritos.

Bien puede afirmarse que la inmensa mayoría de los libros que se publican: estuvieran mejor guardados en un cajón de llave muy segura, o en un baúl hondo, de los que en los desvanes se arrinconan. ¿Y adónde van a parar, oh Dios, tantos libros como seguramente no se venden? Es otro problema como el de los cuadros en las Exposiciones. Cada Exposición os presenta enormes lienzos de muralla, cubiertos de otros lienzos a su vez cubiertos de color. Os paseáis por las salas, mirando curiosamente tanto cuadro: unos malos, medianos otros, alguno tal vez

francamente detestable, y os preguntáis ¿quién los compra? ¿Cómo se reparte y canaliza esta riqueza pictórica? ¿Acaso los cuadros de las Exposiciones pasadas han ido a parar a donde van las lunas viejas?

Jamás he recibido respuesta que satisfaga. Se compran, tal vez, diez o doce de las obras más sobresalientes; solemos encontrarlas en palacios y residencias de aficionados, o en alguna dependencia oficial; el resto... El resto (mucho quisiera equivocarme) lo cuelgan los autores en su propia casa, si es que no lo regalan a algún político, para que éste, en nombre de alguna Diputación provincial o Ayuntamiento, le encargue el retrato del Rey, o del grande hombre local...

Con los cuadros que no encontraron salida, los libros duermen, amarilleando, en los rincones donde sus autores — o sus editores — los colocan. En Francia, a estos libros así, muertos al nacer, los llaman *rossignols*.

Cuanto más barato esté el papel, naturalmente más libros se publicarán, y como son justamente los malos libros los que se propagan, es decir, los que por no hallar compradores buscan lectores gratuitos, son los que más fácilmente vienen a caer sobre nuestra mesa, con atenta dedicatoria, y a veces, con cartita emboscada... En cambio, si los relatos de la prensa os han hecho despertar la curiosidad o el interés por un libro, es verosímil que el autor no se acuerde de enviároslo, calculando que lo compraréis...

He ahí por qué no nos afige tanto la noticia de la subida de la «pasta». Dios mejorará sus horas, y nos pondrá el papel mucho más baratillo, a fin de que no se interrumpa la parturición de volúmenes, lenta, segura, incesante...

Las últimas hazañas de los *zeppelines* sobre París confieso que no me han gustado ni pizca. ¿Qué objeto puede tener matar gente, cuya muerte no quita ni pone para la guerra y sus resultados?

Yo no he solido protestar de los horrores que la guerra trae consigo. Son aflictivos, pero tienen una causa. Sin duda pudieran ser menores, si el hombre, en momentos críticos, no perdiese la razón y no se convirtiese en fiera. Pero ¿qué estímulo violento, qué necesidad apremiante es la que mueve a la tripulación de un zeppelin a dejar caer la muerte y el estrago sobre quien en nada va a contribuir a que los sucesos tomen éste o aquel giro?

La casualidad, a veces, en las guerras, hace pagar a inocentes por culpables. Y pase, porque el hado es nuestra vida. Pero observad que, en lo de los zeppelines, no hay hado, sino predeterminado propósito. El zeppelin navega por el aire, encubierto como Fantomas, sigiloso, resuelto. Sabe quien lo envía y quien lo dirige que no es fácil lograr, por ejemplo, arrojar sus proyectiles ni sobre el Ministerio de la Guerra ni sobre los cuarteles ni aun (estremece sólo la hipótesis) sobre los Museos o sobre Nuestra Señora de París. En estos casos atroces, los zeppelines harían fuerte daño, y, puesto que tal es su fin, lo habrían llenado plenamente. Al reducirse a matar a gentes pacíficas, que ni quitan ni ponen, y a estropear edificios cuya existencia tampoco pone ni quita, añade el *raid* de esos zeppelines, a la mezquindad de lo frustrado, lo repulsivo de la crueldad sin objeto...

Si esta guerra no hubiese puesto en crisis los valores éticos de la humanidad; si todavía existiesen la indignación, la piedad, la equidad más elemental; la protesta contra los inútiles y fieros *raids* de zeppelines hubiese sido unánime. Ya nada de esto ha quedado en pie. Nadie se conmueve ya por nada. Ha pasado todo eso de la conmiseración a la historia — a la historia, que tantas ferocidades registra en sus anales, pero que se dedica a explicar las causas y móviles que existen en los actos más inhumanos, la ley positiva que los rige —. Y en estos *raids* de zeppelines, que no hacen adelantar un paso a la cuestión, no se encontrará fácilmente nada que cohoneste el ataque. Si es por inspirar terror, se ha visto que justamente no lo inspiran; porque reviste el caso un carácter tan fortuito, tan eventual, que entre las mil contingencias ésta es de las menos pavorosas. En cambio, parece duro y bárbaro sacrificar por mero deporte al primero que cae. Como crueldad, es muy grande; como utilidad, invisible.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He aquí un poeta cubano, que me envía un tomo de versos. Cada tomo de versos que recibo me trae al pensamiento las mismas ideas: la comparación entre el período romántico y el actual, tan indiferente a los lirismos, tan positivo, tan dispuesto al desacato y a la risa burlesca.

Si el libro que tengo delante, y que (impropiamente a mi ver) se titula *Anforas*, se hubiese publicado allá por los años de 1830 ó 1835, en los tiempos de Larra y Zorrilla, cuando las damas bebían vinagre para palidecer y se peinaban en luengos tirabuzones, una aureola rodearía la cabeza del mozo, y soñarían con él las jóvenes beldades de estrecho corpiño. Hoy, la poesía del sentimiento, que muchos juzgaron eterna, está gastada. Se ha dicho ya hasta la saciedad lo que tenía que decir el lirismo. Y aunque se diga bien, como lo hace el Sr. Max Henríquez Ureña, nadie escucha.

Verdad es que el poeta nos informa de que el libro debió ver la luz hace ya varios años. No serán nunca tantos que nos retrotraigan al momento en que este libro pareciese actual. Y sin embargo, ello es que el poeta tuvo su hermosa hora de despertar sueños y comunicar la vibración de su Musa a las almas. Por él mismo sabemos que un tiempo, cuando apenas salía de la adolescencia, se envanecía con el título de «poeta del Credo de amor», y que ese Credo de amor, algunas niñas románticas — no se habían acabado, por lo visto — lo copiaron en los cuadernos de sus poesías favoritas. Entonces, en jardines y salones, recitaba el joven vate su «Credo» ante un auditorio que seguramente le escucharía con recogimiento extático. Y como el romanticismo siempre ha tenido dos faces, la de adoración y la de desesperación (y si no, reléase a Espronceda), también había escrito el poeta un cierto brindis bohemio, y lo recitaba antes de apurar la copa de absintio. Ahora, en el volumen que recoge sus versos, suprime el Sr. Henríquez Ureña esas *juvenilia*. ¿Ha hecho bien? En todo caso, la supresión apoya mi tesis. El romanticismo yace como el paladín de la cueva de Montesiños — muerto, y con el corazón arrancado —.

Ese corazón, no ignoraba, de seguro, la significación de su latir; pero, cuando los primeros poetas se la descifraron, se conmovió profundamente y alzó un altar a esos reveladores. Otros vinieron después, y ya no podían atraerle con la magia dolorosa de ninguna revelación... Y, lo diré con versos del mismo Sr. Henríquez Ureña:

Cuanto haya que gozar, ya lo he gozado;
cuanto haya que sufrir, ya lo he sufrido...
¿Alguna vibración, algún latido
habrá que el corazón no haya expresado?

Nótase, así y todo, en los poetas líricos, florezcan en el año que sea, una levadura vivaz de romanticismo, que si cambia en su forma, permanece idéntica en su fondo. Por eso el cantor de quien hablo rima un lindo soneto que lleva por epígrafe: «¡Paso al soñador!» Y es, en efecto, una nueva forma romántica la que se manifiesta en él.

Cual Don Quijote, mi glorioso hermano,
voy en caballeresca romería:
con loco empeño mi ambición me guía
hacia un jardín mirífico y lejano.

Contra todo lo ruín y lo villano,
en mis labios florece la poesía;
y llevo, cual blasón de mi hidalguía,
un manojo de lirios en la mano.

Cada estrella, en la calma vespertina,
al surgir melancólica, ilumina
en mi espíritu nuevos ideales;
y es mi novia una pálida princesa
que con tierna emoción mi frente besa,
prometiéndome dichas inmortales...

Entre los versos del tomito hay una composición que atrae mis ojos, y más aún, despierta mi senti-